CULTURAS



El viejo axioma de que la cultura "debe ser nacional y popular" resucitó con el advenimiento del peronismo al poder. Pero, ¿cuál será la instrumentación de esa esperanza en esta etapa de "aggiornamento" ideológico conducido por Menem, hombre del interior, vindicador de Facundo y de Rosas? Alpargatas y libros convivirán en armonía, según postula el secretario de Cultura de la Nación, Julio Bárbaro, en una entrevista exclusiva a **Página/12**. La mayoría de los directores del área, y el subsecretario Luis Durán, plantean el origen y las proyecciones de la gestión, y adelantan algunos de los planes en marcha.

EL PROYECTO PERONISTA

¡AHIJUNA CON LA CULTURA!



JULIO BARBARO

EN LA PIEL

"Sé que se puede empezar siendo Malraux y terminar siendo Goebbels", dijo el secretario de Cultura de la Nación, Julio Bárbaro, en un reportaje que asedió las bases ideológicas de su gestión antes que la enumeración de tareas avizoradas. "El mío no es un plan, es un proyecto", acentuó, dejando claro que la cultura estará pautada por la política de pluralismo ideológico decretada por el presidente Menem. La cultura de las elites caminará de la mano de la cultura popular y el interior tendrá más vigencia en la Reina del Plata.

Por Miguel Briante

No quiere ser Goebbels —el jefe de propaganda nazi—, y de Malraux, ministro de Cultura de De Gaulle, parece elegir su ejecutivo costado de político. Nació en enero de 1942 y es licenciado en Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador. En 1963 fue secretario general de la Liga Humanista de Buenos Aires y en 1966, su presidente. En 1967 fue cofundador de la Unión Nacional de Estudiantes. En 1968 ingresó al movimiento peronista y en 1973 fue elegido diputado nacional del Partido Justicialista. No es ajeno a las letras; en 1986, publicó su libro *Con bronca y esperanza*. Atenuada la bronca, su esperanza es hacer de la Secretaría de Cultura —que solicitó a Carlos Menem, dejando de lado otras posibilidades en el Gobierno— un espacio propio, que "haga emerger la identidad nacional, porque un país puede tener crisis económica, puede pasar hambre, pero si tiene una crisis cultural se disuelve, se muere". Hombre de barrio, Julio Bárbaro conserva una quintita y un horno de pan en el fondo de su casa y cree "que hay que resucitar la cultura del trabajo manual, el amor de nuestros abuelos por hacer de las manos un medio de subsistencia pero también de identidad". De una larga charla cruzada por el ejercicio de su dinamismo —pulseadas con otros funcionarios por la Biblioteca Nacional o la intervención de su secretaría en los medios de difusión, audiencias o infinitos pedidos de audiencias— se transcriben los momentos más salientes.

—¿Cuál es la diferencia de proyecto cultural entre su gestión y la de los funcionarios de cultura radicales?

—Los radicales tienen una concepción idealista de la realidad. Son un partido de psicólogos y de abogados, por lo tanto sólo producen juicios y traumas. Ellos se mueven en el sector de servicios y el peronismo es un partido basado en los trabajadores, los trabajadores industriales como columna vertebral, que unen todos los sectores productivos. Los radicales hablaron de democracia y nosotros hacemos pluralismo. Ese es el primer tema. Segundo: nosotros creemos más en la sociedad que en el Estado. Tercer tema: no queremos usar el Estado para hacer poder político. Entonces nos bancamos a todos, no les preguntamos la ideología.

—Bueno, eso estaría de acuerdo con lo mostrado por Menem, que parece haber dado vuelta la ideología peronista, dándoles los cargos a los liberales.

—Yo le quiero recordar aquella vez en que Gelbard le dijo a Perón que se estaba haciendo peronista y Perón le dijo: "Justo ahora que yo dejé de serlo". En la cultura, lo mismo. En toda la discusión de la cultura hay una discusión política, hay una cultura que se corresponde con la política porque hay una política de la cultura. Nosotros venimos de la cultura de la guerra, de la confrontación: o eliminamos a la oligarquía o ellos nos eliminan a nosotros. Esta es la estructura en la que se sigue moviendo un sector, aun del peronismo. Usted me puede decir: "Usted fue un militante revolucionario". Sí, lo fui, pero no lo soy más. Porque no hay más revoluciones en la Argentina. Lo más revolucionario ahora es hacer la unidad. O hacemos Nicaragua o acordamos con el capitalismo en el seno de la sociedad. O hacemos una estructura social eficiente o no podemos vivir, porque somos la tercera posición de lo nefasto. Esto que yo digo en política vale en lo cultural. Cuando Menem dice Marechal y Borges, elimina una antinomia que antes terminaba a cuchillo. Porque, o uno de los dos elimina al otro, o los dos conciben una estructura pluritroncal. Es como una metáfora del acuerdo entre el trabajo y el capital; que eso, históricamente, fue el peronismo. El peronismo nunca fue clasista, nunca fue el partido laborista.

—Pero, ¿no le parece que, muy notoriamente en el caso de la cultura, las clases altas son las clasistas?

—Desde ya. Por eso nunca podrían plantear la unidad las clases altas. La tiene que plantear la clase baja. Y si la clase baja conduce esa unidad, sirve a la Nación.

—Sí, pero la cultura es una expresión tanto de lo establecido como de lo sumergido, de lo emergente. Si entendemos, como convención, que cultura, que es todo, puede ser reducido por ahora a la escritura, a las artes plásticas, a la música...

—Cultura es todo: es la artesanía, es la forma de vida, es lo que trabajamos... Yo pertenezco a un tronco italiano. Mi padre era colchonero y yo mismo, cuando volví del exilio, me puse a vender frutas con un camioncito que decía "Julio Bárbaro - Frutas y verduras". Tengo un horno de pan en casa. Como ravioles los domingos. Eso es cultural, y aunque venga de una raíz ajena ya es propia de esta Nación.

—Pero yo le diría que esa raíz italiana suya sigue siendo mirada con el mismo desprecio de antes por los liberales que están en el Gobierno, que conservan el poder de las instituciones. Hace poco, al final de la inauguración de la Exposición Rural de este año, los mismos que aplaudieron a Menem se reían después, entre ellos, de las "partes peronistas del discurso".

—Por eso está claro que la unidad la plantea el peronismo, que está en el Gobierno. En Europa, ¿no fue el socialismo el que acordó con el capital? Mitterrand, ¿no es eso? Si ellos lo hicieron y les fue bien... El otro día unos españoles me preguntaban si yo no creía que los empresarios iban a volver a atacar los bienes de la sociedad. Si España puede tener socialistas monárquicos, nosotros podemos tener empresarios nacionales. Que puede salir mal, claro. Pero el problema es que no hay muchas opciones. Cuando la Nación se disuelve por una inflación que hace que el empresario ya discuta su patrimonio y no su ganancia, es gravísimo. Hoy está el peronismo que convoca a la unidad y termina con la ambición de que vamos a terminar con la oligarquía. Vamos a convivir con la oligarquía.

—Ya habría algunas pautas de esa conjunción. Ahora se van a traer los restos de Rosas, en quien buena parte de la oligarquía ve el paradigma del gaucho. Un encuentro entre el mate y las espuelas de plata con la caña colihue.

—Es que está, eso. Está en toda Latinoamérica. Hace cincuenta años se mataban a los indios. Hoy se dan cuenta de que el indígena es riqueza, cultural y antropológica. Y hasta artesanal.

—Los de Bunge y Born no deben creer eso.

—No, eso lo creo yo. Ellos no hacen la política, la hago yo. Yo tengo que darle un rol a Bunge y Born. La política la concibo yo. Esto sería corporativo si los grupos hubieran hecho la política para Menem, pero es al revés. Menem ganó sin ellos pero luego los convocó. Este es el eje; esta política no se degrada ni finge nada. Al convocar, contiene, y al contener, conduce.

—Sería bueno llevar esta explicación a lo cultural.

—Es lo mismo. Yo tengo que contener la cultura elitista del Teatro Colón o de los Museos. No la rompo, le integro un montón de elementos populares y además desarrollo la cultura popular. Ya no es lo de antes, en que una cultura implica la muerte de la otra. Las dos culturas conviven porque las dos son necesarias. Acá son necesarios Beethoven y Gardel.

—Pero entonces, ¿cuál es la diferencia con los radicales? Ellos no abolieron los privilegios del establishment pero intentaron llevar la cultura a los pueblos, llevando estrellas a los barrios, todo eso.

—Creo que la experiencia de Pacho O'Donnell fue positiva, pero no era la experiencia de un gobierno. Cada vez que el radicalismo integró a un extrapartidario, lo rompía de su partido. Nosotros integramos la fuerza política, no integramos traidores a la causa. Somos una fuerza política que sabe que tiene que integrarse a la sociedad y proponemos integrar al empresariado, a las fuerzas armadas, a la Iglesia. Los radicales tenían una concepción de la realidad que era comiteril: en lugar de la Iglesia, un empresario que no tenía entidad pero era amigo; en lugar de la Iglesia, un párroco afiliado al radicalismo. Pero confrontaban con las instituciones, por eso al final tenían como veinte guerras. El peronismo se plantea la integración de la sociedad y por eso, también en cultura, esto no es un plan sino un proyecto. En los países donde se construye la unidad nacional siempre hubo salida, no hay frustración porque el proyecto es uno.

—Pero la fragmentación existe. Tanto entre los militares como en los sectores de los civiles. Ahí están quienes no se pliegan, como otros, al plan solidario. En el terreno concreto de la cultura, los sectores tradicionalmente cerrados a las manifestaciones nuevas —como son la Iglesia y el Ejército— suelen pedir censura o pedir privilegios que excluyen a los otros.

—Yo creo que la crisis permitió una visión unificadora de la sociedad. Yo, básicamente, lo que tengo que hacer es darles roles a todos. Nuestra cultura es un mosaico, y en este mosaico cada elemento es parte de una entidad rica, y yo lo asumo y termino con esta idea de que lo venzo o lo derroto o lo rompo. Cada uno de estos sectores numerosos de la sociedad tiene que tener influencia en un sector que le corresponda o que le pertenezca. Yo a la cultura elitista la voy a respetar absolutamente en el tema de los museos, en el tema de los teatros tradicionales. Pero también a la cultura popular la voy a integrar en el área del cine o de la música. Voy a poner a elitistas en los museos o en la música clásica pero en la música popular está el Chango Farías Gómez. En la Biblioteca Nacional está el peronismo histórico con Castiñeira de Dios; el progresismo está con Getino en el Instituto de Cine; Laplace en teatro. Cada uno de estos sectores está convocado a participar en el desafío. Es lo mismo que hace Carlos Menem cuando pone a Frigerio al frente de YPF o a María Julia Alsogaray en ENTel.

—Sin embargo, decimos Borges y Marechal pero no decimos González Tuñón, todo un sector muy ligado a la cultura, que es la izquierda.

—Cuando él dice Borges y Marechal dice la contradicción central de la Argentina que fue entre el peronismo y el liberalismo. Pero esto se abre a la izquierda, desde ya; no hay ninguna marginación a esa izquierda progresista que produce cultura y debe ser respetada. Cuando yo digo que no importa la ideología sino la calidad, estoy diciendo: la Nación.

En mi secretaría hemos constituido una mesa de reunión semanal donde se juntan más de cuarenta personas y donde está todo el peronismo progresista integrado. Yo dije el primer día que tenía derecho a hablar de pluralismo, que yo no iba a permitir que nadie me dijese que ése es liberal o que alguno me macartee un nombramiento.

—Pero admitamos que el tema de la cultura abarca ámbitos que están en el área de la Secretaría de Información Pública. ¿Cuál es la relación que tiene su Secretaría con los medios de difusión?

—Los medios están en crisis más económica y administrativa que de concepción. Mi idea sería que tanto los estatales como los privados deberían tener un control del Estado. Sí no un control estricto, una definición de nivel. La Secretaría de Cultura tendría que tener autoridad sobre los medios privados, señalarlos, corregirlos cuando estén degradando el uso de los medios de la sociedad. Por un lado tendríamos que tener una forma indicativa, en lo privado, de control y, en lo estatal, tendríamos que tener gerentes de programación, que es lo que yo le planteo a la Secretaría de Medios y estamos cerca de acordar esto. Me parece que lo que le corresponde a Cultura es dictar los contenidos y los programas y no la administración.

—Pero ahí aparece el famoso tema del rating.

—El famoso tema del rating tiene algunas vueltas. Por ejemplo, acaba de haber una exposición de Chagall que la vieron trescientos mil argentinos. El tema del rating pasa por cuándo lo bueno es solemne y de esa manera es indigerible. Pero usted pone una buena película en un canal de televisión y tiene un alto rating. Las películas argentinas han tenido todas un alto rating. Creo que hay que compatibilizar rating con calidad y no simplificar haciendo aburrido lo bueno y atractivo lo malo.

—Tomemos un ejemplo. Cuando en Italia se permitió el funcionamiento de canales de televisión privados, sin abolir la RAI, del Estado, se cayó en un vendaval de programas de entretenimiento y de programas de dudoso mal gusto. También pasó aquí, en canales estatales.

—Coincido con usted. Por eso quiero que la sociedad los controle.

—Pero, ¿cuál es la forma, después de la privatización? ¿Cómo se logra que los empresarios admitan la presencia de esa cultura que viene del cabecita negra, su presencia? ¿Cómo se compatibiliza esta política con el pensamiento de uno de los pilares de la cultura peronista, como Scalabrini Ortiz, que se pasó combatiendo los capitales ingleses?

—Creo que el viejo sueño de Scalabrini



Ortiz era lógico en su época. Hoy no lo es. Cuando Gorbachov dice "se me cae el Estado encima" es porque lo agobia la burocracia. En un momento el Estado y la Nación estaban juntos. Hoy es así para los rusos y para nosotros. Porque el Estado es una clase en sí misma y además usted es tan testigo como yo de que este Estado no sirve para los cabecitas negras, es el instrumento vivo para acordar con los intereses de turno. La clase baja no va a sufrir porque achiquemos el Estado porque nunca disfrutó de él. Nunca estuvieron para él los medios de comunicación ni los teléfonos, estaban para su propia estructura. Terminamos en un país con hambre, donde el Estado gasta en funciones secundarias la comida que se le quita a la gente. Yo prefiero discutir qué darle de comer a la gente y después discutir de quién es el medio tal de comunicación. Y prefiero una cultura nacional con una aerolínea extranjera y no al revés.

—Pero, ¿y si hay una televisión extranjera?

—No la voy a permitir. Voy a pelear para que eso no pase. Creo que hoy todo el mundo revaloriza la cultura en los medios de comunicación. Está peleando Europa, está peleando toda Latinoamérica y estamos peleando nosotros. Venimos de un encuentro con países latinoamericanos donde entre otras cosas se planteó intercambiar elementos creativos en televisión. Para eso mi Secretaría debe cumplir básicamente el control, discutir la programación de los medios estatales y privados, sin caer en el chauvinismo de decir "señores, pasen el setenta por ciento de música nacional, de teatro nacional", pero dando elementos para que la gente reciba tanto bueno de lo nacional, que perciba la lacra que es mucho de lo extranjero que se trae.

—Según se sabe, usted pidió este puesto de secretario de Cultura. Usted es un hombre que viene, claramente, de la política. ¿Por qué no se ha elegido ni un administrador ni una personalidad, un figurón de la cultura?

—Lo pedí, y me siento muy bien en este cargo. Creo que a cada uno de los cargos no tiene que ir un especialista sino un político, un político que tenga conciencia de la complejidad del tema del país. Porque la tarea de la estructuración es política; usted puede poner a un gran escritor a manejar la cultura y puede no entender nada de cómo se construye una estructura. Mi objetivo es convertir a la Secretaría de Cultura en la Argentina en un espacio propio, como lo es en la mayoría de los países, como lo es en Francia: un tema central de la sociedad y la política. La cultura pasa por la identidad, pasa por la creación, pasa por la presencia internacional. ¿Qué cosa da más presencia que la cultura? Es la identidad, la forma de presentarse afuera. Eso hace de la cultura un lugar hermoso, que hoy está achicado, pero que nosotros podemos empezar a desarrollar, a ampliar y a contener toda la energía de la sociedad. Los tres troncos claves nuestros —el cabecita, el tano y el gallego— han sido desvalorizados por la sociedad y esto ha sido un trauma cultural. Porque si uno tiene una minusvalorización de sus raíces, termina por lo menos en el psicoanalista. O la niega, y se queda sin raíces. Creo que estamos revalorizando nuestro tronco cultural; si hace veinte años nos decían que no podíamos ser un país desarrollado porque éramos latinos, hoy España e Italia han triunfado en un mundo capitalista, en el mundo industrial.

—Pero esa revalorización de esas raíces es su visión peronista de la identidad. También está la visión elitista, que se puede ver en los museos donde las asociaciones de amigos, presididas por damas patricias, prefieren comprar un solo cuadro de un francés a toda la obra de un pintor como De la Vega, argentino (algo que pasó en el Museo Nacional de Bellas Artes), o en todo caso nuestra identidad es lo que ya pasó: los gauchos, la Campaña del Desierto...

—Los que creen que sí al *Martín Fierro* lo editan con cuerina es otra cosa. Pero creo que esto es conducir una Nación: contener a los demás troncos pero darles la visión nuestra. ¿Qué otra cosa que dar tiene la política que la concepción? ¿La globalidad de la concepción? La globalidad de la concepción la da Menem, la damos nosotros. Sabemos que ingresan a ella, por nuestra convocatoria, individuos que no coinciden en la totalidad, pero sabemos que la fortaleza de nuestro discurso los va a terminar convirtiendo, no importa de dónde venimos, lo que importa es a dónde vamos. Yo no niego mi historia, no tengo amnesia.

—Pero, ¿usted cree que el peronismo es, en sí, como partido, como expresión de lo marginal, tiene su propia cultura a imponer?

—El peronismo es más una cultura que una ideología. Cuando los peronistas dicen "es una cosa de piel, el peronismo", es eso. El peronismo es un movimiento político que hizo de todos los elementos culturales de la clase baja una concepción ideológica, y la clave es que eso es lo que está imponiendo el peronismo a la sociedad. Está imponiendo el tema de ser peronista. El pueblo no se equivoca; si nuestros intelectuales descubrieron al peronismo en el setenta y los cabecitas negras en el cuarenta y seis hoy nuestra oligarquía descubre la genialidad de Menem después de que no lo votó. Esto es hermoso, porque se vuelve a demostrar que aquellos que se mueven por el corazón entienden antes que los que se mueven por el cerebro.

—¿Pero Menem se mueve por el corazón o por estrategia?

—Creo que tiene una estrategia...

—¿Qué peligro tiene de contaminarse de la otra cultura? ¿La de la Sociedad Rural? ¿No terminará jugando al polo?

—Ningún peligro, lo que es, es. Y no ha renunciado a nada. Menem no ha aceptado la paquetería del poder y ninguno de nosotros. No nos hemos burocratizado. La burocracia es la muerte de la idea, nosotros seguimos siendo la rebeldía y tenemos un peronismo en el que se discute todo. Yo digo siempre que a los partidos políticos los construyen los rebeldes y los degradan oficialistas. Nosotros somos un partido sin oficialistas. Menem no ama a los oficialistas.

—¿Ni a los obsecuentes?

—¿Cuántos puso en el gabinete?

—Hablo de los medios de comunicación, donde se lo pasan recordando el partido que jugó Menem al fútbol, su capacidad para aguantar los dos tiempos del básquet.

—La obsecuencia no es una orden del Presidente. Es el mal gusto de algunos.

—Otra cosa: ¿Qué significa la designación de Juan Carlos Rousselot como agregado cultural? No se le conoce preparación.

—Cro que es un cargo de lealtad política que además él va a cumplir muy bien. Tenía mucha más posibilidad dentro del Estado, acepta ésta. Me parece un acto de humildad en él y un acto de grandeza nuestra.

—Pero, ¿y su eficacia para servir al país?

—Estamos hablando de una agregaduría cultural en el Uruguay.

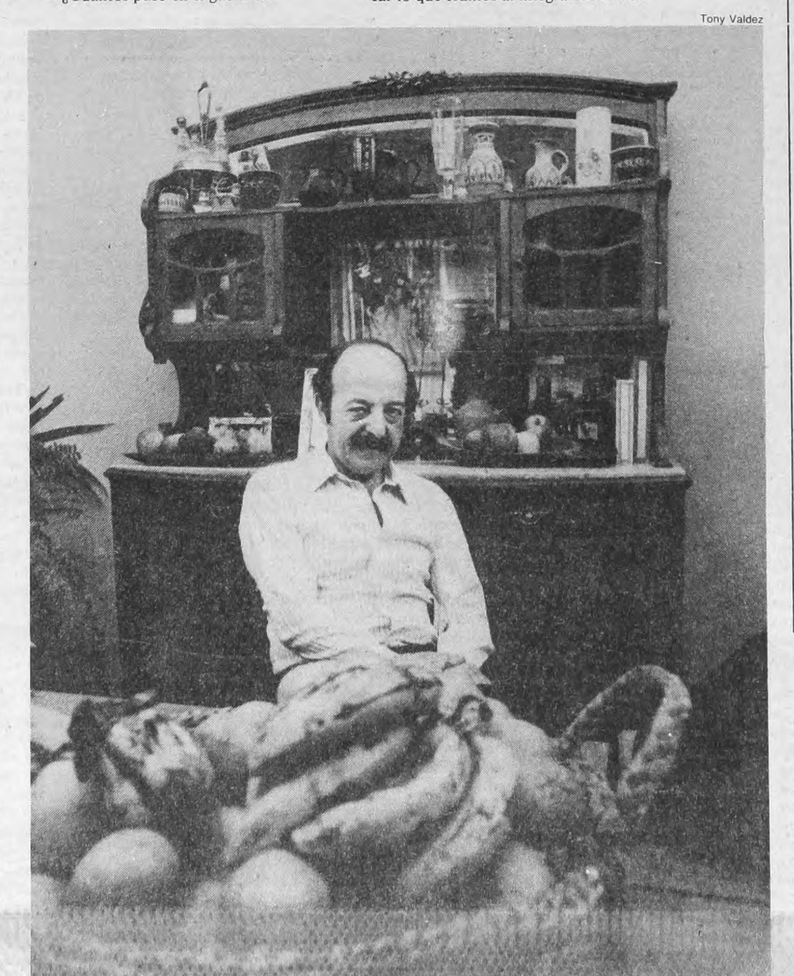
—Teniendo en cuenta que la mayor parte de la cultura ha sido contestataria, es probable que muchos artistas quieran expresarse en contra de una posible amnistía o indulto a los condenados por la justicia en el gobierno anterior. ¿Qué cabida podrán tener sus expresiones en los medios de difusión, en las galerías de arte, en las radios?

—Todas. Cinco de mis directores me han dicho, esta mañana, que están en contra del indulto. Yo les he dicho que respeto su actitud y que lo pueden decir públicamente cuantas veces quieran porque esto, en el peronismo, es una decisión del Presidente que podemos apoyar un montón de nosotros pero que es un acto de libertad. Los que están en contra pueden firmar solicitadas y nadie les va a pedir cuenta por eso. Así como Perón, en su momento, dijo que los que votaron en blanco, cuando él mandó a votar a Frondizi, eran los más leales.

—¿Cultura de masas, o cultura para las masas? ¿Identidad o avalancha de zambas y boleadoras?

—Eso último es la desviación populista, no popular de la cultura. Yo no creo en la concepción folklorista de la cultura, porque normalmente son injertos. Que yo ande con bombachas y botas no quiere decir que sea más nacional. Pero el tronco de la identidad nacional pasa por lo popular. Los autores de tango eran Discepolín, Homero Manzi y Cátulo Castillo. Eran los tres fanáticos del peronismo. Yo el otro día hablé en una galería de arte, uno de los más hermosos lugares de la oligarquía, y terminé haciéndole un homenaje a Hugo del Carril. Y cada vez que puse un peronista en cada uno de los cargos de la Secretaría, en presencia del anterior funcionario radical, cantamos la Marcha. En todos los casos aclaré que lo que ayer fue un himno de guerra, un grito de rebeldía, hoy era la forma en que nosotros recibíamos a aquellos que no eran peronistas. No tenía ninguna agresión, sino la forma de reivindicar lo que éramos al integrarlos a ellos.

Tony Valdez



LOS PLANES QUE VIENEN MARCHANDO

- "La concepción latinoamericana nos lleva al encuentro extraordinario que se realizará en Mar del Plata, en enero, con todos los ministros de Cultura de los países del área. Lo que estamos generando, en mi proyecto, tiende a que el año que viene la cultura tenga una presencia en la sociedad que cambie su perfil. Porque hasta ahora la cultura sigue siendo un hobby, una marginalidad."
- "Queremos convertir a la Galería Pacífico, que está en el centro de Buenos Aires, en un monumento histórico nacional. Pero un monumento que esté vivo, que sea el gran ateneo latinoamericano de la cultura. No se demolerá y el gran centro cultural será inaugurado por Menem. Me saca más el sueño la Galería Pacífico que la Biblioteca Nacional, para la cual tramito el crédito, peleo, la veo como un desafío, pero sé que lo otro es más participativo."
- "Estamos marchando hacia la integración del Consejo Federal de Cultura. Ya lo tenemos definido. Vamos a tener una reunión en setiembre, en Córdoba, que sin duda va a inaugurar Angeloz y va a cerrar, seguramente, un peronista importante. Vamos a Córdoba e invitamos a un gobernador radical a integrarla. Esto es pluralismo con ganas. Este consejo va a discutir desde cómo se manejan los recursos del Fondo Nacional de las Artes hasta cómo se maneja el Instituto Nacional de Cinematografía."
- "Se va a terminar con el tema de que las asociaciones de amigos de los museos impongan su propia estética. Es un tema largo. En los museos hay decenas de autores que no se pueden mostrar, por falta de espacio, y entonces creo que podríamos cambiar obras de autores de los que hay mucho por obras de autores de los que no tenemos nada. Tendríamos que tener nuestra propia circulación. Tenemos una riqueza que es patrimonio del Estado, pero tendría que haber una comisión de notables con veto legislativo que pudiera plantear ese cambio."
- "Yo tengo planteado un proyecto con fuerza de ley para dinamizar, con todo el control del mundo, las operaciones de las artes visuales. Deberán participar los directores de museos, las asociaciones de amigos, las agrupaciones de pintores. Nuestro sentido de la estética no es ni elitista —salvo en la calidad— ni popular, sino pluralista. Entonces vamos a terminar, también en los concursos, con el viejo tema de *tomala vos, dámela a mí.*"

Julio Bárbaro en su casa: el pan de horno, los productos de la quinta. "Hay que resucitar la cultura del trabajo manual, la artesanía; hay que reivindicar los ravioles de los domingos".

5/2/3

ALUVION A LA VISTA

Por Eduardo Blaustein



ESCUELITA CRIOLLA (1936) DE FLORENCIO MOLINA CAMPOS

A fines de noviembre pasado un grupo de profesionales de la comunicación y la cultura, de trabajadores, técnicos, intelectuales y artistas, elaboró después de varios meses de discusiones plurales y participativas, un documento cuyos contenidos sintetizan una de las propuestas más lúcidas, integradoras y (sin embargo) pragmáticas de las que se tenga memoria en estos últimos años de debate sobre la relación entre democracia, comunicación y cultura. En la medida en que estos años de discusión apenas si consiguieron delimitar algunas fronteras que encerraron a los discutidores profesionales de la cosa, en la medida en que la clase política apenas si atina a utilizar la comunicación y la cultura para su propia conservación como casta, los debates saltaron como tontos a la luz pública siguiendo un derrotero borracho que pasó de la inercia total a la exasperación (noche de los Martín Fierro, campañas de ARPA contra lo que denomina la "radiodifusión clandestina", escandaletes de Canal 2) y otra vez a la nada.

A fines de noviembre pasado un grupo plural de personas redactó un documento, algunos de cuyos lineamientos básicos conviene repasar.

• "Argentina no cuenta todavía con políticas destinadas a encauzar coherentemente las actividades del Estado y la comunidad nacional para el mejor aprovechamiento de los medios de comunicación y cultura en función de sus objetivos de liberación."

• "La contradicción centro-periferia presente en las relaciones entre los grandes centros de poder transnacional y nuestro país se produce entre la Capital y el interior mediante un modelo comunicacional centralista y uniformizador."

• "...La identidad nacional no se refiere a un universo de formas congeladas en el tiempo, ni a la nostalgia por lo autóctono o lo vernáculo, sino a la memoria y el protagonismo del pueblo argentino en su confrontación con los factores económicos, sociales, políticos y culturales...y al proceso de apropiación y recreación de los productos de otras culturas que puedan resultar convenientes a su proyecto histórico."

• "Estado, iniciativa privada y organismos sociales deben reorientar la labor de los medios para que ellos cumplan la finalidad social de la que ahora carecen, promoviendo una verdadera gestión democrática de los mismos, mediante la participación y administración de los organismos representativos de la comunidad nacional."

• "Cine, televisión, radio, video e inclusive telemática, constituyen medios con características específicas y diferenciadas, aunque también con interrelaciones que se multiplican a partir de los cambios operados en la ciencia y en la tecnología mundiales. Los mismos afectan las áreas de la economía, la industria, la tecnología, el comercio, la información, las estructuras del relato y del lenguaje, la cultura y los modos de percepción de lo audiovisual, impactando en consecuencia todos los campos del desarrollo nacional.

Estas pocas expresiones extractadas de aquel documento de fines de noviembre pasado fueron elaboradas como conclusión del Foro de Consulta para el Desarrollo del Espacio Audiovisual Nacional y fue la Fundación de Estudios para la Argentina en Crecimiento (FEPAC) dirigido por Alberto Kohan —hoy secretario general de la Presidencia— la que ofreció el espacio físico y político para la gestación del debate. Si bien algunos promotores de este espacio de discusión —conocidos desde entonces como "los del Espacio Audiovisual"— se manejaron con cierta autonomía respecto a la FEPAC, unos cuantos pasaron a las filas de la Secretaría de Cultura, donde hoy inician una etapa que ya es de realizaciones y muchos otros ofician de colaboradores ad honorem. Además de Luis Durán y Martín Oyuela (subsecretarios respectivos de Cultura y de Comunicación Social), fueron otros los nombres que se integraron a la etapa de la construcción: Octavio Getino (al frente del Instituto Nacional de Cinematografía, junto a Nemesio Juárez y Carlos Galletini, también partícipes del Espacio), Susana Velleggia (Dirección Nacional de Investigación y Estudios en Cultura y Comunicación), Martín García (Dirección Nacional de Comunicación Social), David Blaustein (Dirección Nacional de Producciones Audiovisuales) o Luis Fucks (Dirección Nacional del Libro).

Es en la vertebración de políticas (*concertación,* dicen los actuales funcionarios de Cultural, aggiornando tics) entre el Estado, la sociedad y las industrias culturales donde surge la diferencia más nítida de criterios entre la gestión alfonsinista y la que ahora se inicia ligando la comunicación con la cultura, la economía, la democratización la federalización, tanto como la intención (incluida en aquel documento del Espacio Audiovisual) de priorizar esfuerzos para que "los sectores sociales, regionales y étnicos más relegados" accedan a la comunicación y sean reflejados por ésta.

Según medie un mayor grado de escepticismo o de gorilismo cultural, puede causar cierta gracia la recurrencia de los funcionarios por inscribir el proyecto de la Secretaría de Cultura *"en el marco de la federalización, la revolución productiva y la integración latinoamericana".* Sin embargo, a la hora de presentar sus primeros proyectos, aquella trilogía fundacional que pregonaba Carlos Saúl Menem adquiere perfiles que son hasta audaces.

A modo de ironía, por aquello de las alpargatas contra los libros, el repaso por direcciones nacionales puede comenzar por la que dirige Luis Fucks, la de los libros. Es cuando Fucks se pone nostálgico y recuerda las épocas de esplendor de la industria editorial argentina y las compara con unas pocas, contundentes cifras. "Hasta hace 15 años estábamos primeros todavía como exportadores de libros en habla castellana. Hoy estamos terceros o cuartos, después de México y Colombia." O si no: "Sólo un 1,5 por ciento de la producción nacional de papel se destina a los libros". O bien: "Cuando en 1980 se aplicó el arancel cero a la importación, nos cayó un aluvión de 50 millones de volúmenes en un año".

Ante la agonía de la industria editorial —abundantemente publicitada en solicitadas angustiosas— Fucks propone tomar al libro no sólo como objeto cultural sino también industrial. Es desde ese lugar que se propone al Estado en un rol de articulación con las industrias papeleras —uno de los sectores más dinámicos de la economía nacional cuya producción se dirige fuertemente a la exportación—, las editoriales, imprentas, librerías y cámaras respectivas. Desde esa perspectiva surgen necesidades que otrora podrían parecer como lejanas a lo cultural: modificaciones de sistemas tributarios o de comercialización. Así, desde los distintos proyectos en cartera (promoción de la literatura, encuentros públicos con los sectores de la industria editorial, planes federales y horizontales para la multiplicación de la lectura a través de talleres de capacitación que generan otros talleres, bibliotecas populares, ley del libro), uno particularmente representativo es el de la creación de un banco del libro. Se trata de la creación de un cheque-libro para que todos los asalariados puedan tener, como los maestritos, su librito y de manera casi gratuita. El costo que el trabajador no paga sería financiado en un 50 por ciento por el INOS y el restante en pequeños porcentajes de descuentos que recorren la cadena industrial desde la papelera a la librería.

A la Dirección Nacional de Investigación y Estudios en Cultura y Comunicación le cabe no sólo la denominación más complicada sino una tarea de largo aliento. Su titular, Susana Velleggia, dice entender a la investigación "como bien social y herramienta de transformación". "La investigación en cultura y comunicación no sólo constituye el instrumento esencial para formulación de políticas articuladas con otras áreas sino que también es una manera de fomentar la capacitación, concientización, organización y participación de la comunidad". Velleggia insiste en que tanto el Estado como la sociedad no pueden dejar de conocer sus propios sistemas de comunicación y cultura y es para eso que presentó dos proyectos básicos. Uno es el de la realización de un Censo Nacional de Recursos en Cultura y Comunicación, que integraría a investigadores latinoamericanos y derivaría finalmente en la creación de una red informática, fusionada con las industrias culturales y descentralizada en centros de producción audiovisual. El otro proyecto en marcha aspira a obtener una evaluación sistematizada de la capacidad de producción de las industrias culturales, lo que permitiría —una vez conocido nuestro potencial— encarar con mayor coherencia la integración al mercado latinoamericano.

Conceptos como "mercado" o "comercialización" son tomados por el director nacional de Producciones Audiovisuales como incentivo para los proyectos de su área. A David Blaustein le gusta añadir al postulado de Fernando Birri (un cine "nacional, realista, crítico, popular") dos expresiones más: "De calidad y comercializable". Desde su función debe articular con distintas direcciones de la propia Secretaría la manera de trascender mediante los medios masivos de comunicación: con la Dirección de Música se trataría de programas con la *cocina* de la creación musical y su industria, con la del Teatro Cervantes la filmación de obras representadas allí pero con edición posterior y circulación televisiva, con el Instituto de Cine programas periodísticos en torno al Espacio Audiovisual o incluso videoclips remodernos para que los museos resulten menos ajenos y vetustos. Más allá de esa actividad inmediata, a la misma dirección le cabe la responsabilidad de articular formas de circulación distintas de la producción nacional para hacer cierto el federalismo, promover nuevos valores y generaciones, establecer formas de producción tanto con los canales como con empresas ya existentes en las que se aborden las temáticas insinuadas hasta aquí —las de la recuperación y reflejo de las formas culturales que habitualmente no circulan por los medios— para que finalmente el abanico de producciones se rentabilice en su distribución nacional y latinoamericana.

Ese conjunto de búsquedas y de descubrimientos englobaría horizontalmente las formas comunitarias de la comunicación a través de la articulación de escuelas, talleres de video y facultades dedicadas a la exploración de su propio entorno —particularmente el conurbano— con sus propios recursos. Pero es en la Dirección de Comunicación Social a cargo de Martín García donde se aspira a cerrar un diseño de pleno acceso a la comunicación tanto desde la vertebración de las instancias supraestructurales —SECOM, COMFER, Secretaría de Prensa y Difusión, Congreso y provincias— como desde el impulso en las distintas industrias —discográfica, electrónica, gráfica, merchandising— con el objetivo final de "asegurar la plena ocupación de las frecuencias disponibles de radio y TV a manos de empresarios locales, municipios, provincias, universidades, sindicatos, iglesias, cooperativas".

García toma el papel, traza números y multiplicaciones y se entusiasma con el potencial de "las 5000 radios y los 2500 canales de TV por aire que cubrirían el país a lo largo y a lo ancho comunicándonos"; con los "cien mil puestos de trabajo genuinos que podrían crearse en pocos años sin mayor inversión estatal". Y como concepto de cierre: "La libertad de prensa y de expresión se aseguran permitiendo que en cada pueblo o ciudad o barrio haya varios medios similares en manos de intereses diferenciados".

Parece mucho y sin embargo el propio subsecretario de Cultura Luis Durán se pateó en pocas semanas de gestión el noreste y noroeste argentino y tras la pateada ya emergen los consejos regionales de Cultura. Semejante gasto de energías deberá ser cubierto quizá por el director nacional de Antropología y Folklore, Oscar Traversa, que a la hora de priorizar estrategias para su área de trabajo eligió "las relaciones entre cultura y alimentación y cultura y salud" pero, eso sí, "sosteniendo al mismo tiempo las tareas de largo aliento: las investigaciones en el folklore, en la arqueología de rescate, la actividad museística y la formación técnica y superior". De hecho la actividad de esta Dirección comenzó el viernes pasado con un curso intitulado "Africa en América-Religiones Afroamericanas".

Es así como entre el entusiasmo y las dudas propias de un país habituado a los malos presagios, la Secretaría de Cultura va lanzando su grito de ahijuna. Valgan como cierre épico y final las ideas del presidente del Fondo Nacional de las Artes, Oscar Sbarra Mitre, quien entrevé salas de exposiciones donde se muestren las obras de quienes habitan cárceles o institutos psiquiátricos, las de los obreros de mameluco, las mujeres y los amados niños. O la de convocar a los plásticos para pintar murales en las fábricas o por último y para sonrojo total de los descreídos absolutos, animar a los poetas nacionales, populares para, por supuesto, cantar loas a la Argentina del trabajo. Que así sea.

SUBSECRETARIO LUIS DURAN

CON LOS OJOS PARA ADENTRO

Para el licenciado (en psicología) Luis Durán, uno de los artífices de la campaña electoral de Carlos Menem, y actual subsecretario de Cultura, "el concepto clave del proyecto cultural es que, siguiendo la impronta que aplica el Presidente a su acción de gobierno, pertenezca al país en su totalidad." El detalla un proceso de subordinación encadenada: así como las provincias están subordinadas al centro portuario, en cada una de ellas se reproduce simétricamente esta relación. "La integración cultural supone una descentralización que debe darse de abajo hacia arriba —sostiene—: municipio-provincia-región-nación". En el encuentro que se realizó a principios de agosto entre los directores de Cultura, se organizaron las cinco regiones culturales del país: NOA, NEA-Litoral, Centro, Patagónica y de Cuyo. "El 18 de agosto nos reunimos en Tucumán con las provincias del NOA y este fin de semana estuvimos en Corrientes con las del NEA-Litoral. Luego vendrá la reunión patagónica en Río Gallegos y la de Cuyo en Mendoza". Cada región expresa en esos encuentros las problemáticas y propuestas de la región. Esas propuestas serán analizadas en Córdoba, en el Encuentro Federal de fines de octubre, donde se elaborará el Plan Federal de Cultura de 1990. "De esta manera —completa Durán— el presupuesto del próximo año se aplicará, por primera vez, a las políticas que tengan consenso federal." Esta integración de la Argentina es el paso previo para una integración mayor con Latinoamérica, para que la producción y el consumo de bienes culturales no tengan trabas como en la actualidad. Para el financiamiento de la cultura "recurriremos a todas las formas adecuadas, tanto a las vías estatales como a las privadas". "Esta antinomia —según Durán— debe encontrar una instancia superadora en el marco de lo nacional. Habría, por lo tanto, una cantidad de proyectos mixtos, donde el Estado facilite la estructura y lo privado lo financie." Durán aspira a un plan federal de cultura que exprese al país en su totalidad, tomando cuatro o cinco hechos trascendentes que marquen la identidad de cada una de las provincias y esto se integre a un plan que pueda circular por todo el país.